

# Casablanca y... nuestro París particular

ÓSCAR SÁNCHEZ ALONSO

EL horno de la traída y llevada post-modernidad no parece estar para bollos de romanticismo, pero... allá estos tiempos con su horno desteplado. Un 23 de enero de 1943, hace 55 años, se estrenaba *Casablanca* tras un rodaje lleno de casualidades, infortunios, azares y desavenencias. Por eso resultó genial. Tal vez porque su elaboración fue incierta y confusa como lo son, también las propias bazas de su historia: el amor y las libertades; la separación y la distancia; el imposible... y un recuerdo.

Más allá de la anécdota (al margen de que Bogart se tuvo que calzar unos considerables zancos para no desentonar al 1.80 de Ingrid Bergman; al margen de que Ronald Reagan estuvo a punto de interpretar el papel de Victor Laszlo; al margen de que Dooley Wilson —Sam— aun entendiendo algo de música por su condición de batería, en lo que se refiere al piano... vaya, ni la «O» musical con el canuto de la partitura; al margen de que buena parte del guión se fue elaborando de forma simultánea a las escenas; al margen de que Humphrey tenía que esquivar sus resacas montando en bicicleta cada mañana y bien temprano), al margen de muchas circunstancias —por tanto— que media-

ron en su creación, *Casablanca* sabe ser grande por todo su duende y magia.

Vi muchas veces esa cinta y nunca cambió el final. Debo reconocer que siempre me siento en la butaca con la esperanza de comprobar cómo —ante un nuevo visionado— los planos y secuencias se equivocan y confunden para dar algo distinto. Pero nada. No hay forma.

Rick —sin remedio ni excepción— acaba siempre sin marcharse junto a esa mujer que quiere. Asiste al despegue de aquello que se lleva dentro; y allí se queda, sin salvoconducto, entre la niebla y la añoranza, para despedir a su Ilsa, a su Bergman, a su Ella, a su Única. Para despedir —en definitiva— todo cuanto pudo ser... y acabó siendo nostalgia.

Umbral —cargado de razón o al menos, eso sí, de talento y buena prosa— llegó a escribirlo muy serio: «Todos los amores son imposibles; y los posibles ya no son amor».

Quizá por eso, por su imposibilidad y su ruptura, brota en *Casablanca* el amor y la poesía, en formato celuloide, con sabor a blanco y negro.

La aventura de ese argumento que Curtiz acertó a dirigir es también hazaña que vivieron, a su modo, muchos *Ricks*

y muchas *Ilsas*, que —sin necesidad de pisar París— se llevaron también su misterio.

En *Casablanca revisitada*, donde Garcí rinde homenaje al título que nos ocupa, se apunta: «Desde el sermón de la montaña nadie había vuelto a plasmar el amor con vocación de eternidad hasta el discurso del aeropuerto». Ahí es nada.

No es cuestión de ponerse a discutir si la película es más nostálgica que optimista. Los sentimientos no vienen de uno en uno. En ocasiones se entremezclan, y otras se disfrazan, y otras se camuflan. En cualquier caso, y a pesar de la derrota (supuesta) de ese enlace y ese idilio, existe una pincelada de posibilidad y de futuro, Bogart y Bergman llegan a una muy válida conclusión certera: *les quedará siempre París*.

Y eso es lo importante: lo que verdaderamente sirve, vale y cuenta. Eso es lo que viene a explicar por qué no cabe —nunca— dejarse vencer por la renuncia. Siempre existe un porvenir que, aunque nunca venga, se le espera; y siempre existe un *portlegar* que, aunque no llegue, se le aguarda.

En el mapa de nuestra memoria, nos quedará siempre —por mucho que a muchos pese— nuestro París particular.